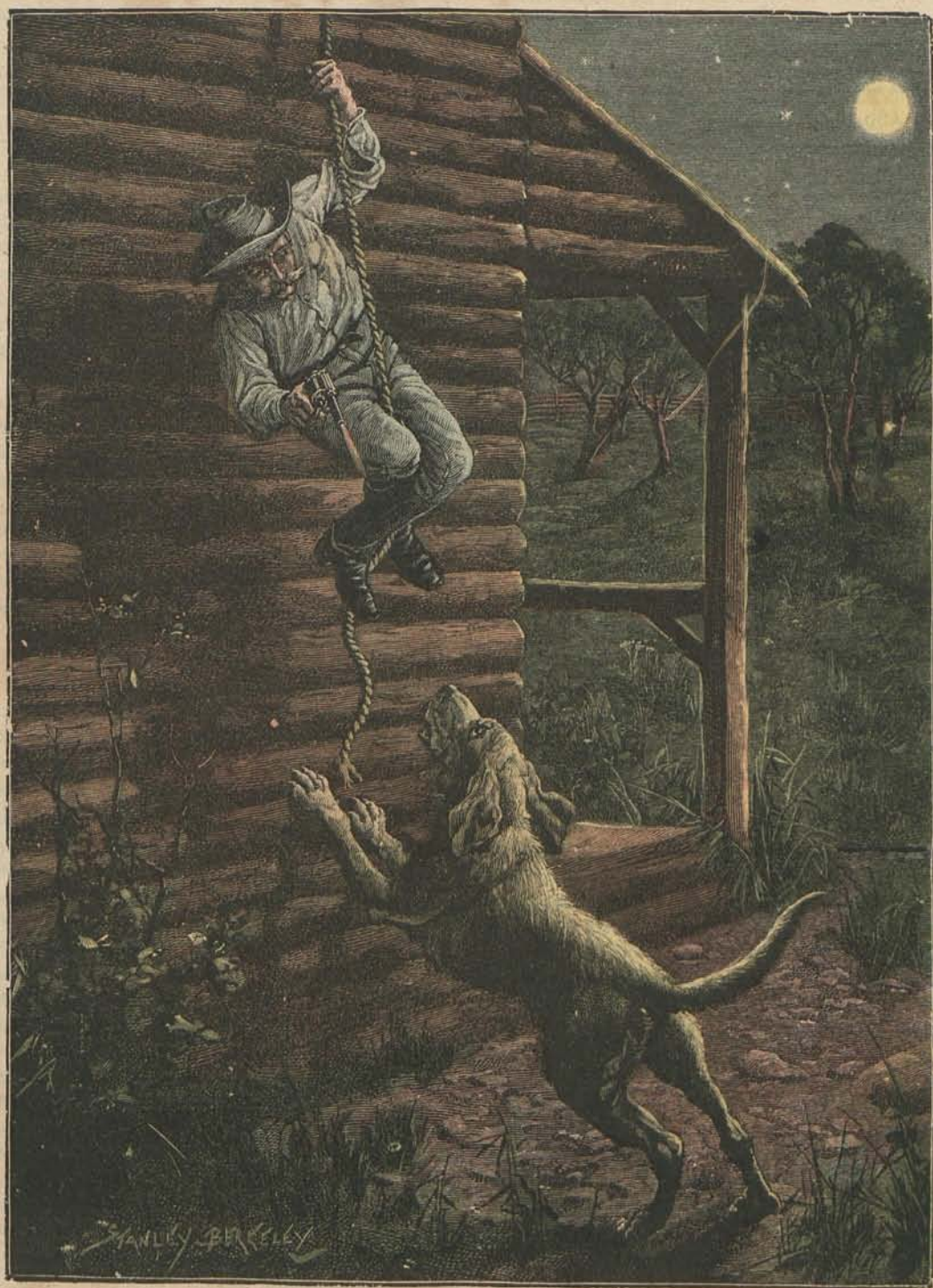


DE TODAS PARTES

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26.-Barcelona



—Mi primer tiro no dió en el blanco.

Precio: 10 céntimos

Núm. 10

Biblioteca Nacional de España

DE TODAS PARTES

ESPAÑA Y PORTUGAL.
Un año. 5 ptas.
Un semestre. 2'75

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
AVENTURAS, VIJES Y NOVELAS

EXTRANJERO
Un año. 10 ptas.
Un semestre. 5'60

Año I

Barcelona, 13 de julio de 1907

Núm. 10

NUESTRA CUBIERTA

LA CABAÑA DEL PASTOR

Era una fría noche del mes de junio, y, aunque no nevaba ni había hielo, pues rara vez se observa este fenómeno en el invierno de Australia, un viento húmedo soplabá del Océano del Sur, silbando tristemente. Jamás había experimentado tanto frío como el que sentí en cierta noche del año 1851, cuando al salir de la casucha de madera, honrada con el título de *Café de Europa*, comencé á cruzar las irregulares calles de Melbourne para ir á mi alojamiento, en la pequeña posada conocida con el nombre de *La Nuez de Oro*, á donde me era preciso ir para recoger mi caballo.

Yo era oficial de policía, y cuando llegué á Melbourne en abril de 1851, convencíme de que podría hacer carrera. La organización de los agentes de seguridad pública era muy defectuosa; los asesinatos, los ataques á mano armada y otras violencias eran cosa de todos los días; y en todo el país inmediato, numerosos bribones, escapados del presidio de Sydney ó de la Tierra de Van Diemen, estaban siempre dispuestos á dar muerte al primer minero que encontraran para robarle cuanto llevase.

Uno de los más terribles de aquellos hombres criminales había merecido, á causa de los muchos asesinatos que cometiera, el apodo de *Ricardo el Diablo*. Y tanto se llegó á desear su captura, que se ofrecieron mil libras por el cuerpo de aquel infame, vivo ó muerto. Este era el mismo hombre que yo me proponía buscar al salir del café de Europa y cuando me dirigía por la calle de Bourke en la noche de que hablo.

Había llegado á mi conocimiento (y ocioso fuera decir cómo y por qué medios) que aquel bribón se hallaría en cierta cabaña, situada á una milla del camino de Bundura, á las once de aquella noche. En ella habitaba un pastor, y sabíase que, bien fuera por temor al bandido, ó por inclinación, era su cómplice.

Un revolver y un buen cuchillo de monte eran mis mejores amigos, y solamente me molestaba la dificultad de montar á caballo ó de andar mucho, lo cual debía á la circunstancia de haber recibido últimamente una cox del cuadrúpedo que montaba. Por otra parte, esto me impediría también huir en caso de apuro; más no pensaba que pudiera darse este caso.

No pudiendo, pues, andar, ni montar á caballo, había alquilado una especie de calesín, sabiendo que el camino era bastante bueno en el espacio de una milla, recorrida la cual podría franquear el resto de la distancia á pie.

Al fin, llegué al sitio; el vehículo me esperaba, y como mi reloj señalase ya las nueve y debiese yo recorrer ocho millas, juzgué que ya era tiempo de emprender la marcha. A los pocos minutos franqueaba los arrabales de la ciudad, y corría por el camino que conduce al pueblo de Flemington, muy bonito hoy día.

Aquella noche debía haber sido muy clara, porque la luna estaba en su pleno; pero pesados nubarrones interceptaban á veces su melancólica luz, y en otras ocasiones la oscuridad era tan intensa, que apenas podía ver la cabeza del caballo.

Había recorrido ya unas tres millas cuando oí una voz aguda que gritaba:

—Caballero: hágame la gracia de conducirme en su vehículo hasta Dundura, que Dios se lo pagará.

Involuntariamente, acerquéme al sitio de donde partía la voz; y como en aquel momento se despejase la luna de algunas nubes que la ocultaban, ví á la orilla del camino una mujer decrepita, cubierta de andrajos y de aspecto muy sucio.

—¿Qué hace usted aquí á semejante hora de la noche?—le pregunté.

—He debido permanecer todo el día en el mercado, caballero; después fui á tomar te con una amiga mía, y cuando emprendí la marcha sorprendióme la noche, pues me entretuve más de lo regular hablando de los pasados tiempos.

—Y ¿por qué no se quedó usted en casa de su

amiga para pasar allí la noche?—pregunté de nuevo.—Esto hubiera sido mas prudente que no recorrer tan á deshora semejante camino.

—¡Ah! —repuso la mujer.—El viejo me espera, y seguramente me castigará, pues de todos modos llegaré tarde.

A fin de no perder mas tiempo, y creyendo en parte lo que aquella bruja me decía, mandéla subir, lo cual hizo con una ligereza que no debía esperarse de sus años. En el espacio de una milla, mi compañera permaneció silenciosa, más apenas hubimos pasado de las tres ó cuatro casas de madera que constituían el pueblo de Flemington, mi compañera comenzó á ser más comunicativa; y á tal punto llegó su locuacidad, que comencé á creer que estaba loca ó había bebido demasiado. Continuó algún tiempo su in-

quemar, y que los mechones de pelo canoso pertenecían á una peluca.

Evidentemente había caído en un lazo.

Es antiguo axioma para cuantos ejercen mi profesión que la habilidad suple la fuerza. En aquel caso hacíaase preciso apelar á ella, y volviéndome de pronto exclamé:

—Buena mujer, me parece que al caballo se le ha introducido alguna piedrecilla en un casco: hágame el favor de coger las riendas un instante, mientras que me apeo para ver que hay.

Mi aparente indiferencia y la naturalidad con que pronuncié estas palabras debieron alejar toda sospecha de aquel bribón; me levanté después de darle las riendas y el látigo, como para apearme. é inclinándome vivamente, arranquéle el revolver del bolsillo y le apunté á la cabeza.



tempestiva charla, y ya me arrepentía de haberla permitido subir al vehículo, cuando de pronto brilló de nuevo la luna con tan clara luz que me permitió ver el largo camino, con sus oscuros bosques á cada lado, tan distintamente como si fuera de día.

En aquel instante fué cuando, al mirar á mis pies para asegurarme de que no se habría caído una bolsita en que llevaba esposas y otros varios útiles propios de mi oficio, llamóme la atención un objeto extraño que sobresalía del bolsillo de mi compañera. ¿Sería posible? Miré otra vez. ¡Sí: era la culata de acero de una pistola, ó, más bien, de un verdadero revolver de Colt! Lo reconocí al punto por la forma, y estuve á punto de proferir una exclamación de sorpresa; pero me contuve. Entonces miré con más detención la cara de la supuesta vieja, y, á la clara luz de la luna, convencíme de que las arrugas de las mejillas se habían imitado con corcho á medio

—¡Eres mi prisionero! —grité. —¡Si mueves mano ó pié, te destrozo el cráneo!

—Me ha ganado usted por la mano,—repuso el bribón;—pero como no hay prueba alguna de que yo tratara de hacer daño, no tiene derecho para prenderme.

—Soy responsable de mis actos,—repliqué;—y ahora, buena pieza, escúchame bien, y obedece al pie de la letra sin vacilaciones, pues de lo contrario te introduzco una bala en la cabeza.

—Así lo haré,—contestó el hombre dominado por mi actitud.

—Deja las riendas y pon el látigo en su sitio. En el asiento verás una bolsa, ábrela y dime qué contiene.

—Veo esposas de candado y una cuerda...

—¿Está la llavecita?

—Sí, señor.

—Pues pónelas.

El hombre vacilaba.

—¡Póntelas ó hago fuego! —grité.
El ladrón obedeció esta vez.
—Bien, —continuó, al ver que ya estaba hecho;
—ahora coloca las manes de modo que yo pueda echar la llave.

También obedeció; y entonces, apoyando la boca del revólver sobre su frente, y sin apartar mis ojos de los suyos, cuya expresión era maligna, cerré los candados y guardéme la llave en el bolsillo del chaleco. Después dejé la pistola, y cogiendo una cuerda, até fuertemente los brazos y piernas del bandido.

—¡Maldito seas! —murmuró mi prisionero. —Ahora me vences; pero tal vez se me presente



oportunidad de tomar el desquite, y si se da este caso, ya podrás prepararte.

No contesté á esta atrevida amenaza, é iba á recoger las riendas para apresurar la marcha, cuando el caballo, espantándose al ver un carnero que salió de improviso de una espesura á orillas del camino, volvió grupas, y antes de que pudiera sujetarle, lanzóse á galope á través del campo. Con todo, la única mala consecuencia fué que el caballo se alejó tanto del camino antes de serme posible dominarle, que me desorienté del todo y ya no supe dónde me hallaba.

Era difícil, si no imposible, encontrar de nuevo la carretera, tanto más cuanto que en

aquel momento la luna se ocultó entre densos nubarrones, y aumentaba la oscuridad por momentos.

Hacíase indispensable abandonar el vehículo, pues no era nada seguro permanecer ocioso en semejante sitio. En su consecuencia, desaté los brazos de mi prisionero y obliguéle á quitar los arreos al caballo, cubriéndole entretanto con mi revólver. La operación debía serle molesta á causa de las esposas; pero no difícil. Cuando hubo concluido le até de nuevo los brazos, desligándole después las piernas, monté el caballo, á pesar de lo que esto me molestaba, y obligué á mi cautivo á ir delante de mí á la distancia de una vara, previniéndole que si se detenía ó retrocedía podría darse por muerto.

Después de caminar así durante dos horas, no sé si circularmente ó en línea recta, tuve la gran satisfacción de divisar una luz á corta distancia, y al acercarnos más, noté que brillaba en la ventana de una especie de cabaña de madera.

El ladrido de los perros anunció nuestra llegada y cuando mi prisionero llamó á la puerta, obedeciendo á la orden que le di, una voz nos contestó desde el interior con acento de enojo:

—Quien quiera que seáis, pasad de largo, pues aquí no se da posada esta noche. ¡Cuesta mucho el reposo en esta cabaña!

Me disgustó mucho semejante contestación, y ya me dirigía hacia la puerta para hablar con el amo á través de la cerradura, cuando mi prisionero, descargando un puntapié en la puerta, gritó con su voz natural esta vez:

—Vamos, buena gente: no tendréis corazón para rehusar albergue y una corteza de pan á dos pobres viajeros extraviados.

Apenas pronunció estas palabras, abrióse la puerta, y una voz ronca contestó:

—Vamos: si es así no tengo inconveniente. Creí que érais mendigos.

Sin embargo, al fijar el hombre su atención en el traje de mujer de su interlocutor y en las esposas, retrocedió un paso con expresión inquieta; pero me acerqué al punto para tranquilizarle.

—Soy oficial de policía, —le dije, —y conduzco este preso; nos hemos extraviado en la oscuridad, y ya no me será posible llegar á Melbourne esta noche; pero no trato de imponer la hospitalidad, y quiero pagarle el gasto que se haga.

—Muy bien dicho, señor oficial, —contestó el hombre, examinándonos rápidamente de pies á cabeza. —Como yo soy hombre honrado, me felicito de su llegada. Haga usted entrar á ese bribón, y, entretanto, llevaré el caballo á la cuadra.

Mucho me convenía desmontar, pues ya me

molestaba el dolor de la pierna, y entregué el caballo al dueño, que, en efecto, me parecía un hombre honrado.

El primer objeto que llamó mi atención al entrar en la cocina fué un reloj americano, que en aquel momento señalaba las once, es decir, la hora en que debía apoderarme de Ricardo *el Diablo*; y no pude reprimir un suspiro al pensar en los cinco mil duros de recompensa que tan lastimosamente se me escapaban de la mano.

Interrumpió mis reflexiones el patrón, que volvía acompañado de dos jóvenes de unos veinticinco años, ambos robustos y fornidos, aunque ninguno de ellos alcanzaba las hercúleas proporciones del padre, verdadero Sansón de seis pies de estatura. Vestía el traje ordinario de los pastores del país, y podría tener unos cuarenta y cinco años, pues su cabello comenzaba á encanecer. Ancho de pecho y de formas corpulentas, debía ser hombre de gran vigor; y, aunque su rostro expresaba la franqueza, su sonrisa tenía algo de irónica ó sarcástica.

Con la luz que el dueño traía en la mano, pude ver el ajuar de la habitación: una rústica mesa, media docena de banquetas y el reloj americano constituían casi el todo.

Las paredes tenían por adorno un espantoso grabado que representaba *Los Niños del Bosque*, una carabina, una escopeta de dos cañones y varias pistolas de chispa. Como ya se comprenderá, las armas llamaron, sobre todo, mi atención, tanto más cuanto que todas estaban sin funda y tenían el aspecto de las que se usan con frecuencia.

—Vamos,—díjome el patrón;—ya he dado al caballo pienso y agua, y ahora nos ocuparemos de usted; pero supongo que no permitirá usted á ese ladrón de caminos sentarse á la mesa con nosotros. En el sótano estará mejor,—añadió desdeñosamente, fijando su atención en el cautivo, que le contestó con una mirada de cólera.

Acepté la proposición y después de ver el sótano, que me pareció lugar seguro, desaté al prisionero, pero sin quitarle las esposas, y empujéle dentro. El patrón le dió paja para echarse, pan y un pedazo de carne fría, y dejámosle allí entregado á sus reflexiones.

Hecho esto, cada cual fijó toda su atención en la cena, que, si no era recomendable por la calidad, éralo por la cantidad. Sirvióse á la mesa una pierna de carnero cocido con patatas, un inmenso jarro de cerveza y una botella de aguardiente, hasta que, al fin, como me sobrecogiera el sueño, propuse que nos retirásemos á descansar.

Ya era hora de hacerlo: el fuego se había apagado; el reloj señalaba las dos de la madru-

gada, y al levantarme de la silla, el resto de la vela se hundió en el candelero y nos quedamos á oscuras.

—¡Esta sí que es buena!—dijo el pastor después de registrar en todos los rincones de la habitación.—No encuentro ni siquiera un cabo, y ahora será preciso acostarnos sin luz.

—No importa, buen hombre,—contesté,—pues la de la luna es muy clara: dígame cuál es mi aposento.

—¿No quiere usted dejar aquí el gabán y las armas?—repuso el pastor.

—No, amigo mío,—repuse sonriendo;—las pistolas son unas buenas compañeras de quienes no me separo nunca.

Y dando las buenas noches á los jóvenes, seguí al padre á mi habitación.

No era del todo fácil, pues hube de andar á tientas detrás del patrón por un oscuro pasadizo, en la extremidad del cual vi un aposento en que se me introdujo, y donde no había más luz que la de la luna, cuyos melancólicos rayos brillaban á través de los cristales de una pequeña ventana. El patrón me dió las buenas noches, y excusándose por no poder ofrecerme otra habitación mejor, retiróse.

El aposento era bastante reducido.

Así como todos los viajeros veteranos, lo primero que hice fué acercarme á la puerta para asegurarla; pero no había cerrojo ni cerradura, sino una simple aldabilla.

A falta de otra cosa mayor, acerqué el pie de palangana y la silla á la puerta, de modo que nadie pudiese entrar sin hacer ruido suficiente para despertarme. Después introduje la mano en el bolsillo para ver si estaba la llave del sótano donde había encerrado á mi prisionero, y tranquilo por esta parte, examiné las cargas de mis revolvers, los puse debajo de la almohada, y sin desnudarme me eché con ánimos de dormir bien, porque estaba rendido de cansancio.

Durante algún tiempo, una especie de agitación nerviosa me impidió conciliar el sueño; pero cuando, al fin, iba á cerrar los ojos, un murmullo de voces en la estancia contigua me alarmó. Bajé de la cama silenciosamente, apliqué el oído á la pared, y, gracias á que las tablas no estaban bien unidas, pude oír lo que se hablaba.

Aquellos bribones, de los cuales mi prisionero parecía el jefe, discutían, fríamente sobre la manera de matarme, proponiendo uno de ellos que se me introdujera una bala en la cabeza en mi misma cama.

Conocidas estas criminales intenciones, comencé á reflexionar. Tenía mis revolvers, cargados, y en cada cañón la vida de un hombre, si en ninguno fallaba el tiro; pero era muy pro-

bable que aquellos infames se sirvieran también de las mismas armas, y, de todos modos eran cuatro contra uno.

No vacilé en adoptar mi resolución: era preciso huir pero; ¿cómo?

Los asesinos avanzaban ya por el corredor, y mi débil barricada no resistiría ni un minuto. De repente, fijáronse mis miradas en una larga cuerda bastante gruesa, y esto me sugirió un medio. Aseguré una extremidad en un fuerte anillo de hierro, que por suerte mía, había en la pared, abrí la ventana silenciosamente, lancé

Un grito de dolor y una blasfemia me indicaron que no había gastado en balde toda la pólvora, y ya me congratulaba de mi escapatoria, cuando al mirar hacia abajo ví un enorme dogo, cuyos ojos feroces no me pronosticaban nada bueno.

Le apunté con el revolver, esforzándome para permanecer fijo en la cuerda á fin de dirigir bien la puntería; pero mi primer tiro no dió en el blanco, y con el segundo no conseguí más que herir en una oreja al feroz animal y enfurecerle más aun. En el mismo instante noté que la



fuera la otra punta y dispúseme á descolgarme, más no con la intención de hacerlo en seguida.

Con el pie apoyado en uno de los troncos salientes de que se componía la cabaña, con la mano izquierda me cogí al marco de la ventana, y no dejando ver más que la mitad de la cabeza y los seis cañones de mi revolver, quise despedirme de mi hospitalario patrón como éste se merecía.

No hube de esperar mucho tiempo: gracias á la luz de la luna, ví como se levantaba la aldabilla de la puerta, que se abrió un poco, y entonces, sin esperar más, disparé tres tiros exclamando:

—¡Adiós, amigos míos: no me olvidéis!

Después comencé á bajar.

cuerda cedía, y, rompiéndose, al fin, fui á caer á unos cinco ó seis pasos del perro. Cuando éste iba á precipitarse contra mí, resonó una descarga, y media docena de balas silbaron alrededor de mi cabeza, sepultándose luego en la tierra. Precisamente esto fué lo que me salvó: ninguno de los proyectiles me había tocado pero uno de ellos atravesó la cabeza del dogo, que cayó muerto sobre mí.

Rechazando el perro, cuyo peso me sofocaba casi, disparé el último tiro de mi revolver apuntando á la ventana, y con no poca satisfacción ví al gigantesco pastor llevarse á la cara una mano, que al punto se tiñó de sangre. Entonces puseme en pié y corrí, sin saber á dónde.

Sin embargo, muy pronto tropezé con una

elevada cerca: en cualquiera otra ocasión, esto hubiera sido para mí un obstáculo difícil de vencer; más ahora, el amor á la vida comunicábame fuerza y destreza; ya no sentí dolor alguno en la pierna, y bastóme un minuto para llegar á la cima. De repente, resonó la detonación de una carabina, mi sombrero voló por el aire y sentí como la cortadura de una navaja mellada en la piel del cráneo; más no me detuve para ver lo que era. Bajé de la cerca, y, sin dejar de correr, cargué de nuevo mi revolver.

A los cinco minutos me detuve para tomar aliento, y colocándome detrás de un tronco, dirigí una mirada á la cabaña: hallábase como á un cuarto de milla, ó poco más, y era claramente visible á la luz de la luna, que ahora brillaba, despejada de nubes.

No pasó mucho tiempo sin que oyera ladridos de perros, mezclados con gritos, y á poco ví las figuras de tres hombres, que iban detrás de los animales, excitándolos á seguir el rastro.

De nuevo emprendí la fuga; pero un momento después, mi pie se hundió en un agujero y se me torció el tobillo.

Poseído de la mayor desesperación; dirigí una inquieta mirada á mi alrededor: los perros se hallaban solamente á unos cien metros de mí, y corrían con las fauces abiertas, la lengua colgante, dejando ver sus formidables colmillos y con los ojos injectados de sangre.

Perdía ya la esperanza, pero de pronto la recobré. A pocos pasos ví un alto gomero de espesa copa, y, aunque difícilmente, pude trepar por el tronco, y me oculté entre el follaje, con mis dos revolvers preparados, resuelto á vender cara mi vida. De los perros no debía temer ya nada; los feroces animales ladraban rabiosos al pie del árbol. No hice caso alguno de ellos. Mi pólvora era para sus amos.

Mis enemigos se acercaron á favor de los árboles, y entonces reconocí al pastor, que llevaba en la cabeza un vendaje teñido de sangre; también ví á mi prisionero (vestido ahora de hombre) y á uno de los hijos del dueño de la cabaña. Al fin, los bribones rompieron el fuego; pero, oculto en el follaje, tuve la suerte de que no me tocase ningún proyectil. También yo disparaba apenas se dejaba ver una cabeza detrás de algún tronco; pero sin tocar nunca en el blanco. Al fin, una bala de mi ex prisionero me atravesó una pierna, y, loco de rabia y de dolor, resolví pagársela con creces.

No hube de esperar mucho tiempo, pues un momento después, como se descubriera imprudentemente, mientras cargaba su revolver, apunté con la mayor atención é hice fuego. Apenas sonó el tiro le ví aplicar su mano izquierda al costado, y noté que la sangre brotaba entre los

dedos. Poseído de furor, sin duda, separóse de su árbol y se adelantó audazmente hasta el gomero donde yo estaba. Nuestras miradas se cruzaron; le disparé dos tiros sin tocarle, y entonces el bandido me apuntó á su vez.

—¡Maldito seas!—gritó.—¡Ese balazo te valdría 5,000 duros, porque yo soy Ricardo el Diablo; pero no vivirás para cobrar la recompensa!

Su dedo se acercó al gatillo; más antes de que pudiera disparar, víle dar media vuelta sobre sí mismo y caer sin vida al pie del árbol.

A esto siguió el estrépito de una descarga; miré á todas partes, y ví al pastor y á su hijo que corrían desesperadamente, perseguidos por cuatro agentes de caballería de Melburne.

Los culpables fueron cogidos, juzgados y condenados á muerte, la cual sufrieron en la horca.

Yo me envolsé los cinco mil duros, pero di doscientos á mis salvadores; y así terminó mi primera aventura con los bandidos de Victoria.

EL SALVAMENTO-DEL "GEORGIAN"

Una noche del año 1807 encontrábase navegando por los trópicos el navío inglés *Hastings*, procedente de la India con destino á Santa Elena, cuando despertó de pronto la tripulación al oír la señal de zafarrancho. Habíase divisado, en efecto, una fragata, cuyo primer saludo había sido un cañonazo.



Pero no tardó en caerse en la cuenta de que no se trataba de ningún enemigo: el barco que había disparado el cañonazo era presa de las llamas é imploraba auxilio, viéndose luego que se trataba del *Georgian*, uno de los mejores transportes de la Compañía de Indias.

Al punto dió orden el comandante del *Hastings* de echar los botes al agua para acudir en

chalupa, que fué botada al agua, remando con rapidez hacia el *Georgian*.

Mil desesperados clamores rasgaban el aire, turbando el silencio de la noche, trocados de pronto en gritos de alegría al ver que se acercaba la chalupa. Ya están á bordo los salvadores, y acuden nuevos botes y canoas del navío. Procédese al salvamento. Uno de los oficiales



socorro del incendiado buque. El espectáculo era sublime, al par que desgarrador, y acudir en socorro de los desventurados pasajeros del *Georgian* equivalía á un verdadero heroísmo.

—¡Voluntarios para el naufragio!—gritó el comandante del navío.

Toda la tripulación respondió á aquel enérgico llamamiento, disputándose el honor de exponerse al pavoroso peligro que implicaba la empresa.

Veinte hombres con seis oficiales ocuparon la

del *Hastings* recibe de manos del capitán del *Georgian* una tierna criatura.

—¿Sabéis nadar?—le pregunta.

—Sí,—responde el otro. Y se arroja al agua para llegar hasta la chalupa.

Así pudo salvarse la tripulación entera, después de los más tremendos peligros. Al encontrarse á bordo del *Hastings* los naufragos del *Georgian*, explotaba la Santa Bárbara de éste, y el barco se sumergía en la insondable profundidad del Océano.

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por ROBERTO LUIS STEVENSON

(CONTINUACIÓN)

Los jefes de clan no tenían ya casa abierta, y los caminos estaban infestados de pordioseros. Entre estos últimos me llamó la atención que los que pedían limosna con licencia de la autoridad, hacíanlo humildemente; mientras que los mendigos del país alto mostrábanse orgullosos, y si se les pedía el cambio de una moneda para darles una parte, no lo devolvían, diciendo que lo necesitaban para comprar rapé.

A eso de las ocho de la noche, y muy cansado ya, llegué por fin á una casa solitaria, donde pedí hospedaje y me fué rehusado terminantemente; pero de pronto me acordé de la influencia que tiene el dinero en tan pobre país, y enseñé una de mis tres monedas de oro. El dueño de la casa, que hasta entonces había asegurado no conocer el inglés y que me hacía señas para que me alejase de su puerta, comenzó á hablar este idioma con el acento más puro y convino en alojarme aquella noche por cinco chelines, sirviéndome de guía al día siguiente hasta Torosay.

Confieso que dormí con inquietud porque temía que me robaran; mas, por fortuna, mi huésped no era ladrón, aunque sí muy pobre y capaz de engañar á cualquiera. A la mañana siguiente debíamos recorrer unas cinco millas para ir á casa de uno que mi guía llamaba un hombre rico, pues era preciso cambiar una de las monedas. Tal vez se considerase en Mull como persona acomodada; pero no habría pasado por tal en mi país, pues le fué necesario revolver toda la casa, y hasta poner á contribución á un vecino, para reunir veinte chelines en plata. Sin embargo, mostróse muy cortés y hablaba bien: nos convidó á comer con su familia y sirviéndonos un bol de ponche, con lo cual mi guía se alegró tanto que no quiso continuar la marcha.

Ya comenzaba á enojarme y apelé á la mediación del hombre rico (llamado Héctor Mac Lean), que había sido testigo de nuestro convenio y del pago de los cinco chelines; pero Mac Lean había bebido también bastante ponche y declaró que ningún caballero se levantaría de su mesa tan pronto; de manera que no hubo otro remedio sino sentarnos y oír los brindis de unos y otros, hasta que todos estuvieron borrachos y se fueron á dormir.

Al día siguiente (el cuarto de mi viaje), nos levantamos á las cinco de la mañana; pero mi guía cogió la botella otra vez y pasaron tres horas antes de que pudiera sacarle de la casa.

Mientras estuvimos en el valle que se extendía, delante de la casa de Mac Lean, todo fué bien; pero mi guía miraba siempre hacia atrás, y como le preguntara el motivo, limitóse á sonreír. No obstante, apenas franqueamos la falda de una colina, donde nadie podía vernos, el tunante me dijo que Torosay estaba delante de nosotros y que la cumbre de aquélla me serviría de guía.

—Eso me importa poco,—contesté;—puesto que debéis acompañarme.

El muy bribón me contestó en gaélico que no hablaba inglés.

—Escuchadme,—repuse;—ya sé yo que olvidáis y recordáis el inglés cuando os da la gana, y, por lo tanto, decidme qué debo dar para que lo habléis de nuevo. ¿Es cuestión de cuarto?

—Sí; quiero cinco chelines más y os conduciré hasta allí.

R-flexioné un momento y ofrecíle dos, los cuales aceptó no sin murmurar, aunque exigiendo que se los diera por adelantado.

Recorrimos dos millas más, y entonces mi guía fué á sentarse en la orilla del camino y descalzóse como hombre que se dispone á descansar.

—¡Ah!—exclamé, rojo de cólera.—¿Habéis olvidado de nuevo el inglés?

—Sí,—contestó descaradamente.

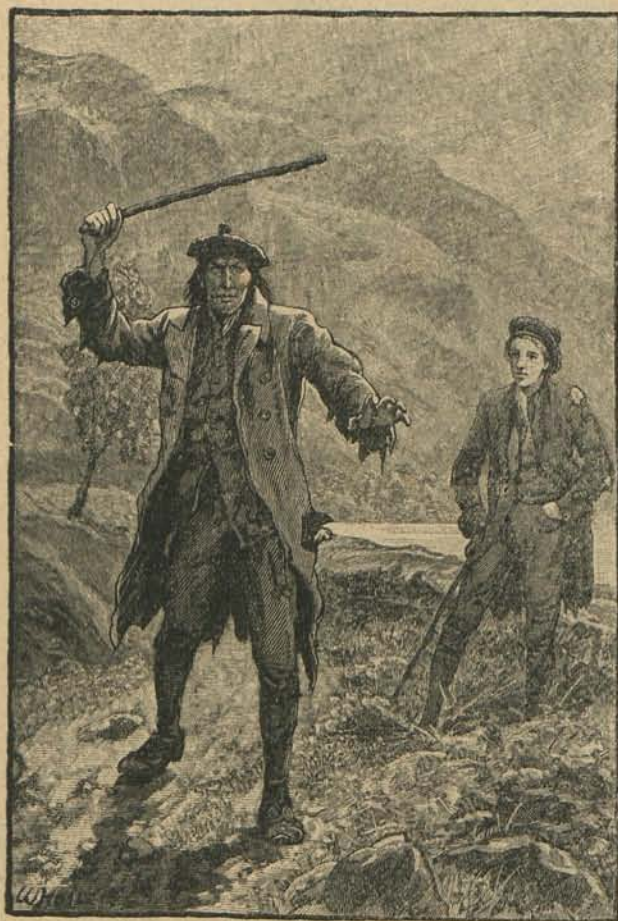
Al oír semejante respuesta encendióseme la sangre y levanté la mano para pegarle; pero el hombre retrocedió, sacando un cuchillo de entre su ropa, y miróme con la expresión de un gato salvaje. Entonces olvidélo todo menos mi cólera, precipitéme sobre el bribón apartando el arma con mi mano izquierda, y con la derecha le descargué un puñetazo en la boca. Como yo tenía mucha fuerza y él era un hombrecillo, le hice rodar por tierra, y por fortuna se le escapó el cuchillo de la mano.

Recogí el arma, y los zapatos también, y despedíme del tunante para continuar mi marcha, dejándole descalzo y desarmado. Seguro estaba de que no tendría ya nada que ver con aquel hombre, y esto por varias razones: en primer lugar debía saber ya que yo no le daría dinero; en segundo, los zapatos no valían apenas nada; y, por último, el cuchillo, que era realmente un puñal, estaba prohibido por la ley.

Al cabo de media hora di alcance á un hombre muy harapiento que se apoyaba en un cayado y que me pareció completamente ciego. Díjome que era catequista, lo cual debía infundirme tranquilidad; pero su aspecto no me

inspiraba la menor confianza, y mucho menos cuando á los pocos pasos observé que por uno de sus bolsillos asomaba la culata de una pistola. Ahora bien: el uso de semejante arma castigábase con una multa de quince libras, y deportación á las colonias en caso de reincidencia; y, por otra parte, no me explicaba que un maestro religioso anduviese armado, ni comprendía qué uso podría hacer de la pistola siendo ciego.

Manifestéle mi parecer, porque estaba orgu-



... alejóse blandiendo su palo...

lloso de lo que había hecho, y mi vanidad se anteponía á mi prudencia. Cuando le hablé de los cinco chelines entregados al guía, gritó tanto é hizo tales aspavientos, que juzgué prudente no decirle que llevaba dinero.

—¿Os parece demasiado? le pregunté.

—¡Ya lo creo!—exclamó.—Por un trago de aguardiente os conduciré hasta Torosay, proporcionándoos además el placer de mi compañía, que no es poco.

Contesté que no sabía cómo un hombre ciego podría guiarme; pero el hombre soltó la carga

jada, y aseguróme que tenía los ojos en su cayado.

—En la isla de Mull,—añadió,—conozco el terreno palmo á palmo, y no me perdería ni aun entre la espesura. Mirad,—dijo, moviendo su cayado á derecha é izquierda;—por allí se prolonga un sendero, al fin del cual hay una colinilla con una piedra en la cumbre; y al pie de ella, según veréis, arranca el camino que conduce á Torosay. El terreno es bastante llano, y á intervalos hay espacios cubiertos de hierba.

Debí confesar que era verdad y manifesté mi admiración.

—¡Oh!—exclamó el hombre.—Eso no es nada, pues habéis de saber que cuando se consentía el uso de armas en el país, yo tiraba muy bien. Si tuvierais aquí una pistola, os lo probaría al momento.

Contestéle que no tenía semejante arma. Si él hubiera sabido que yo estaba viendo la culata de su pistola en el bolsillo, no sé qué habría hecho; más por fortuna lo ignoraba, y yo no quise decírselo.

A los pocos pasos comenzó á interrogarme con mucha sutileza para averiguar de dónde venía, si yo era rico, y si podría darle cambio de una moneda de cinco chelines; mas todas estas preguntas redoblaron mis sospechas acerca de aquel hombre, y contesté con mucha reserva, desviándome cuando él trataba de acercarse. Al fin, el hombre, enojado al parecer, comenzó á blasfemar en idioma gaélico, dándome golpes en las piernas con su cayado.

Semejante proceder me irritó, y como me reconocía superior, díjele que yo también llevaba una pistola, y que si no seguía el camino recto le mataría de un tiro.

La amenaza le hizo bajar de tono; pero después de haber tratado de calmarme, aunque inútilmente, comen-

zó á blasfemar otra vez y alejóse blandiendo su palo, hasta que le vi desaparecer por detrás de la colina. Seguro de que no me importunaría más, continué mi marcha hacia Torosay, muy satisfecho de verme libre de aquel hombre tan instruido. Aquel día fué malo para mí, y después supe que los dos hombres con quienes había tratado eran los dos peores de la alta Escocia.

En Torosay, punto que domina el camino de Morven, había una posada cuyo dueño pertenecía á la familia de los Mac Lean, al parecer

muy distinguida, pues en la alta Escocia es muy considerado el que tiene un establecimiento de esta especie. El hombre hablaba bien el inglés, y tomándome por un estudiante, díjome algunas frases en francés, haciéndome comprender que lo conocía mucho mejor que yo; y después en latín, en el cual quedé más airoso. Por esta agradable rivalidad fuimos muy pronto buenos amigos, y pude comer y beber tranquilamente, hasta que el hombre se embriagó tanto que no tardó en quedarse dormido.

Cuando despertó dejéle ver como por casualidad el botón de plata de Alan; más al pronto comprendí que no conocía semejante seña ni sabía lo que era. A decir verdad, parecióme que formaba muy buen concepto de la familia y de los amigos de Ardschiel, de los cuales habló poco. Antes de embriagarse habíame enseñado una composición suya en muy buen latín, y una poesía dedicada á cierta persona cuyo nombre no me dijo.

Cuando le hablé del catequista, movió la cabeza y aseguróme que no había tenido poca suerte de escapar de él.

—Es un hombre muy peligroso,—me dijo.—Se llama Duncan Makhieg. Se le acusa de varios robos en despoblado, y hasta de asesinato.

—¿Y ese es un catequista?

—¿Por qué no? Mac Lean de Duart quiso instruirle bien porque era ciego; pero siempre se le encuentra en los caminos, donde busca los muchachos para saber qué religión profesan, lo cual no le impide cometer villanías.

Al fin llegó la hora de entregarnos al reposo, y el posadero me condujo á mi cama, donde pude descansar tranquilamente. Había recorrido la mayor parte de la tortuosa isla de Mull, desde Earraid hasta Torosay, es decir, un trayecto de 50 millas, y estaba más sano de cuerpo y espíritu que al principio del viaje.

XVI

A TRAVÉS DE MORVEN

Desde Torosay á Kinlochaline hay una enseada muy regular, en el continente. Ambas orillas están en el país del poderoso clan de los Macleans, y á él pertenecían los más de los pasajeros que iban conmigo. El capitán del barco, por otra parte, llamábase Neil Roy Macrob; y como este último apellido era el de una familia amiga de Alan, deseaba mucho hablar con Neil Roy confidencialmente.

Como el barco iba lleno de pasajeros, esto no fué posible por el pronto. Apenas soplabla el viento, y avanzábamos con mucha lentitud, pues no había más que cuatro tripulantes, á

los que debimos ayudar algunos de nosotros á fin de acelerar la marcha. Sin embargo, como hacía buen tiempo y todos parecían alegres á juzgar por lo mucho que cantaban, el pasaje no fué desagradable.

Llegados á Kinlochaline, y una vez desembarcados, llamé á parte á Neil Roy, y preguntéle si era uno de los hombres de Appin.

—No tengo por qué negarlo,—contestó.

—Pues bien,—repuse;—voy en busca de una persona, y ocúrreme que tal vez podáis darme noticias de ella: se llama Alan Brech Stewart.

Y muy aturdidamente, en vez de mostrarle el botón de plata, traté de deslizarle un chelín en la mano.

Neil Roy retrocedió un paso.

—Me ofendéis mucho, joven,—díjome con gravedad;—y á fe que esta no es la manera de proceder de un caballero cuando trata con otro que lo es también. El hombre de quien habláis se halla en Francia; pero si estuviera en mi camarote y me dieseis un talego de chelines, no consentiría que se le tocara un cabello.

Comprendí al punto que había cometido una imprudencia, y, sin gastar tiempo en vanas excusas, enseñé el botón de plata en la palma de la mano.

—Eso es distinto,—dijo Neil,—y debierais haber comenzado por esto. Si sois el joven del botón de plata, todo va bien, pues tengo encargo de daros instrucciones. Por de pronto, y dispensadme que os hable con franqueza, os aconsejaré que no pronunciéis nunca el nombre de Alan Breck y que no hagáis nunca lo que habéis hecho conmigo, es decir, ofrecer el vil metal á un caballero escocés de las tierras altas.

No era fácil excusarme, pues apenas podía decir á Neil, aunque era verdad, que no pensaba que él pudiera ser un caballero, aunque lo dijese. Mi interlocutor no parecía deseoso de prolongar el diálogo, y limitóse á comunicarme las instrucciones, indicándome al punto el camino que debía seguir, como para despacharme pronto. Según aquéllas, debía pasar la noche en la posada de Kinlochaline; al día siguiente cruzaría el Merven hasta Ardgor, pernoctando en casa de un tal Juan de Claymore, quien estaba avisado de mi llegada; el tercer día cruzaría por Corán y Balachulish; y aquí me indicarían el camino hasta la casa de Jaime de Glens en Aucharn, en el Duror de Appin. Era preciso servirse mucho de las embarcaciones, pues en toda aquella parte el mar penetra mucho en las montañas, por lo cual es fácil defender el país pero difícil recorrerlo.

Neil me había aconsejado también que no hablase con nadie por el camino, particularmente con los Whigs y los Campbells; y sobre

todo que evitara el encuentro de los de la casa roja, aunque para ello fuera necesario esconderme. En una palabra, debía conducirme como un ladrón ó un agente jacobita.

La posada de Kinlochaline era el lugar más misero que jamás había visto en mi vida: estaba lleno de humo, de basura, y de montañeses que bebían sin pronunciar palabra, de modo que mi alojamiento me desagradó mucho; pero pronto me alegré de estar allí, pues al cabo de media hora estalló una violenta tempestad que inundó una parte de la casa.

A primera hora del día siguiente, al poco tiempo de haber emprendido la marcha, alcancé á un hombrecillo, muy robusto al parecer y de aspecto grave, que iba leyendo atentamente en un libro. Vestía con bastante decencia, y por su aspecto me pareció que tenía algo de clérigo.

Era otro catequista, pero no como el ciego de Mull; y según supe después, pertenecía á la Sociedad de Edimburgo, siendo su misión evangelizar á los que habitaban en los puntos más salvajes de las tierras altas. Se llamaba Henderland. Hablaba el dialecto del Sur, y muy pronto me inspiró un interés particular, pues el libro que iba leyendo era una colección de himnos traducidos al gaélico por mi buen amigo Campbell, el ministro de Essendean.

Proseguimos nuestra marcha juntos, pues ambos debíamos ir hasta Kingairloch. Mi compañero se detuvo varias veces para hablar con los traficantes y los jornaleros que encontrábamos; y aunque no supe de qué trataban, parecióme que Henderland era bien mirado, porque muchos le saludaban y ofrecíanle un polvo de rapé.

No hablé de mis asuntos más de lo necesario y nada le dije acerca de Alan, manifestándole que iba á Balachulish en busca de un amigo, pues pensé que si citaba los nombres de Aucharn ó Duror podría sospechar alguna cosa.

Por su parte me habló mucho de sus trabajos, de la gente con quien trataba y de los ministros y los jacobitas. Su moderación me indujo á interrogarle sobre el *Zorro Colorado* y los arrendatarios de Appin, pareciéndome mis preguntas naturales en boca de un joven que viajaba por el país.

—En todo eso veo un mal negocio,—me contestó;—y lo que me maravilla sobre todo es que esa gente pueda encontrar dinero cuando casi se mueren de hambre. Sin embargo, esos arrendatarios se ven, sin duda, obligados á ello, pues Jacobo Steward de Duror, es decir, aquel á quien llaman Jaime de los Valles, es cuñado de Ardshiel, capitán de clan, y me parece hombre á quien se mira con mucha consideración. Por otra parte hay un tal Alan Breck...

—¡Ah!—exclamé yo.—¿Qué me decís de ese? ¿Dónde se halla?

—Preguntadle al viento dónde va,—contestó Henderland.—Hoy está aquí, y mañana ya no se le encuentra: tan pronto escondido detrás de un jaral como en el centro de la ciudad. Ese Alan Breck es un hombre muy atrevido y temerario, y se le puede considerar como el brazo derecho de Jacobo. Se ha puesto su cabeza á precio, pero nada le arredra; y no dudo que si algún arrendador se negase á dar lo ofrecido, le mataría sin compasión.

—Todo esto es muy triste,—repuse,—y hablando con franqueza, no tengo interés en saber más sobre el asunto. Pero, ahora que recuerdo: ¿qué hace el agente del rey, ese á quien he oído llamar el *Zorro Colorado*?

—¡Ah! ¡Colin Campbell! Ahora ha metido la cabeza en un avispero, y no sé cómo la sacará.

—Creo que trata de expulsar á los arrendatarios por fuerza: ¿no es así?

—Eso se ha propuesto, pero el asunto es muy espinoso. Primeramente Jaime de los Valles fué á Edimburgo á buscar un abogado (por supuesto un Stewart), y consiguió que se suspendieran los procedimientos; pero Colin Campbell volvió á la carga con otras influencias, y hace poco he sabido que los primeros arrendatarios han de ser expulsados mañana de Duror.

—¿Creéis que haya lucha?

—Dícese que están desarmados, ó por lo menos se supone; pero yo sé que aun hay escondido mucho hierro, y por otra parte, han de llegar las casacas encarnadas para sostener el derecho con la fuerza. Pero, de todos modos, si yo fuese la señora de Colin Campbell, no estaría tranquila hasta tener mi esposo en casa: los Appin Stewarts son temibles enemigos.

—¿Son peores que sus vecinos?—pregunté yo.

—No,—contestó mi compañero;—pues el agente del rey puede arreglar pronto el asunto con los Appin, y no lo creo tan fácil en el distrito de Mamore, perteneciente á los Camerons, donde es preciso expulsar también á los arrendatarios. Hablando con franqueza, amigo Balfour, yo creo que si el agente escapa de los unos no saldrá vivo de manos de los otros.

Así continuamos hablando durante nuestra marcha de aquel día, hasta que el Sr. Henderland, después de manifestarme cuanto le agradaba mi compañía y sobre todo haber encontrado á un amigo de Campbell, propúsome pasar la noche en su casa, situada poco más allá de Kingairloch. A decir verdad, la oferta me complació mucho, pues no tenía grandes deseos de ver á Juan de Claymore, porque mis dos aventuras con el posadero y el guía hacíanme temer á los desconocidos. (Se continuará).

LA HIJA DEL DESIERTO

En medio de las vastas praderas del Fart-Wesht, hace años establecióse una familia de emigrantes alemanes, compuesta de veinticinco individuos, de los cuales catorce pertenecían al sexo masculino y el resto le constituían las mujeres y los niños.

con los tramperos que más próximos estaban á su establecimiento, como con los indios sioux que eran los más terribles enemigos de los europeos.

En breve espacio, aumentó la colonia; la prosperidad reinaba en ella y si bien se habían visto obligados los colonos de Franzville que así se denominaba la colonia, á rechazar más de una vez las traidoras acometidas de los sioux ó de los pawnees, sufriendo algunas pérdidas de con-



Aquel grupo de emigrantes, iba dirigido por Frantz Holler, hombre de cincuenta años, fuerte, enérgico y atrevido.

Conocedor de la vida de las praderas y de los peligros de ellas, buscó el lugar para establecer la naciente colonia, próximo á una de las estaciones militares del gobierno federal, procuró dar á su nuevo dominio, las mayores condiciones de seguridad, y trató de llevarse bien tanto

sideración, la prosperidad de la colonia seguía en aumento, y al cabo de treinta años de su establecimiento, Franzville se había transformado en una pequeña villa que contaba con trescientas almas.

Un día, varias señoras de la población, atraídas por la belleza de un pintoresco panorama que se ofrecía desde una eminencia distante algunos kilómetros del pueblo se dirigieron al

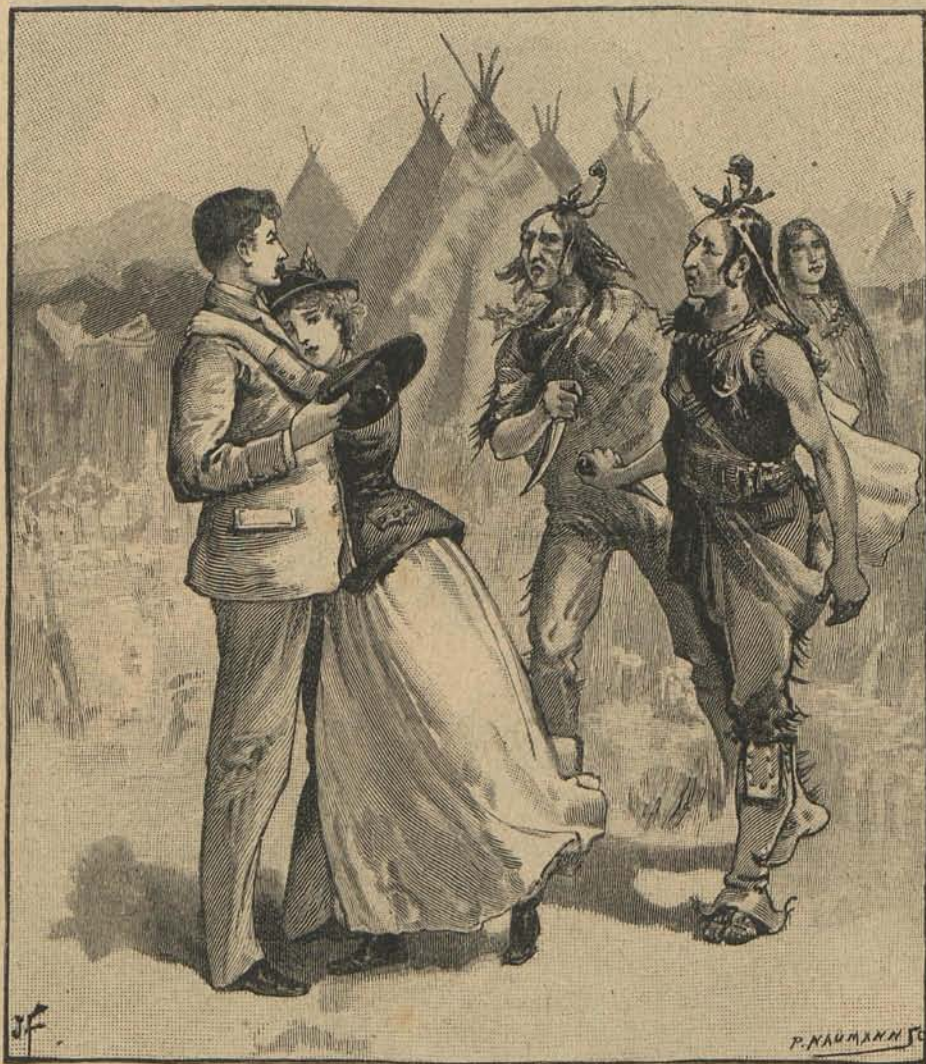
bosquecillo, formado en el declive de una montaña, bañado por un brazo del Delaware y, después del almuerzo, se dispusieron á tomar el te.

Conversando alegremente y admirando el pintoresco panorama, quedaron de pronto sorprendidas al ver aparecer en lo alto de la montaña, una mujer, vistiendo un traje extraño, suelto el cabello, cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas por el estilo de los usados por

La presencia de aquella mujer alarmó á las que tranquilamente pensaban pasar algunas horas, y como algunas de ellas hacía poco que pertenecían á la colonia, hicieron preguntas respecto á la que tan oportunamente las avisaba.

—Es Ida, la hija de los tramperos, ó del *Desierto* como también la llaman algunos,—contestaron las que la conocían.

Efectivamente, aquella hermosa joven cons-



los tramperos de las praderas, llevando como ellos un rifle en la mano.

—Alejaos,—las dijo en buen inglés,—y avisad á los vuestros que se prevengan, porque los sioux y los pawnies unidos, van á acometer vuestro establecimiento la noche próxima. Mis padres,—prosiguió la joven, que era muy hermosa,—están en la caza del bisonte y no podrán ayudaros. Yo lo he sabido por casualidad y he venido á avisaros.

titula un misterio para todas las gentes de aquellos contornos.

Diez y ocho años antes de estos sucesos, llegaron á la, entonces naciente colonia, un matrimonio joven, un francés llamado Ernesto Boisot y su esposa Hortensia.

Viajeros curiosos é imprudentes, alejaronse un día del establecimiento para recorrer la pradera, se internaron más de lo que debían, perdieron el camino, y á fuerza de dar vueltas,

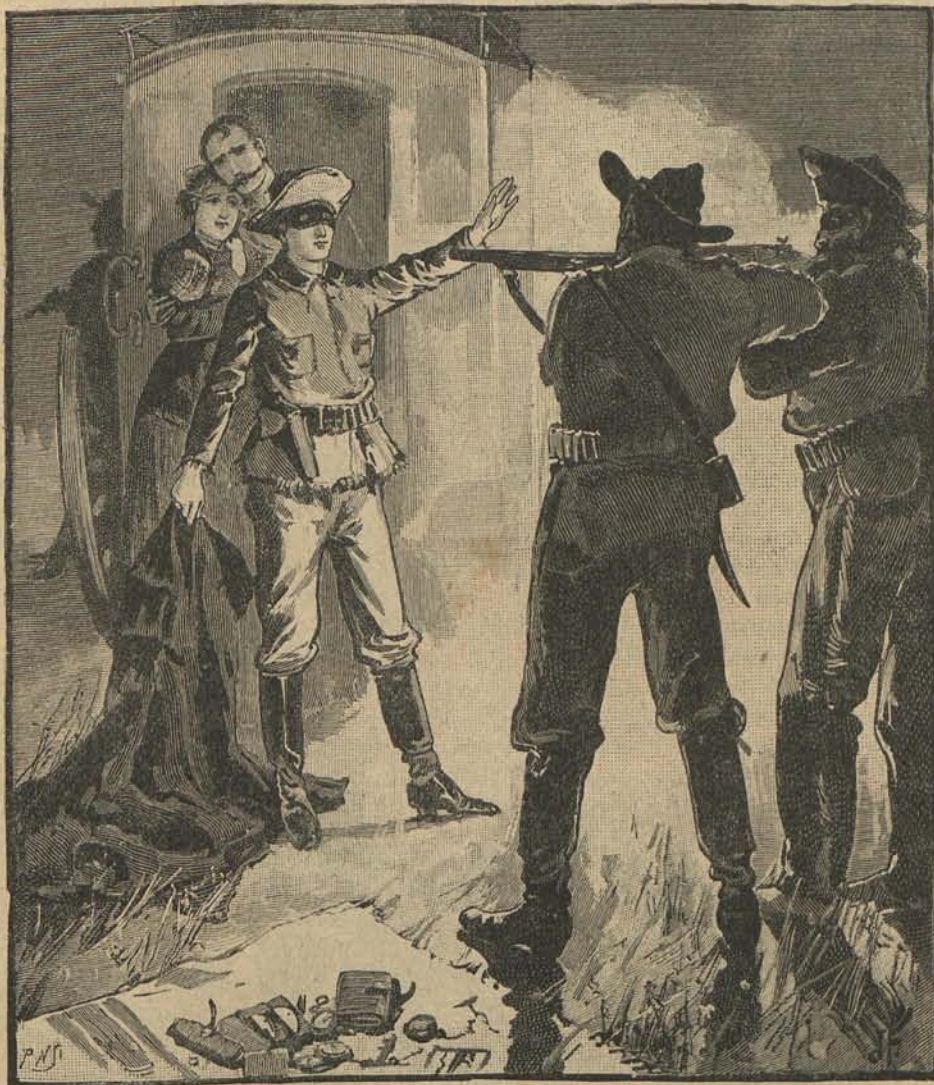
fueron á parar á una aldea perteneciente á los pawnies.

Salieron á su encuentro algunos de ellos, Hortensia sobrecogióse de espanto; su marido trató de hacerse entender de los indios, pero inútilmente. Estos les sujetaron. Ernesto quiso defenderse y pereció en la demanda.

Hortensia, conducida á la aldea, dió más tarde á luz, una niña.

de seis años, que al establecerse en la pradera había llevado consigo, recogió la niña que fué creciendo en la pradera y á la cual pusieron por nombre Ida, considerándose todos los demás tramperos como padres adoptivos de aquella cuyo origen ignoraban.

Así pasaron años, Ida se hizo mujer y siguió la misma vida que los que de ella habían cuidado. ¿Qué había sido de la madre de Ida?



Algunos meses después, los tramperos de las praderas, teniendo que vengar algunas ofensas de los pawnies, organizaron una batida, dieron muerte á muchos, pusieron en fuga á los demás, quemaron sus chozas y entre los muertos encontraron una niña viva, de pocos meses, que uno de ellos se llevó dándola á criar en un establecimiento, lejos de la colonia de Franzville.

Terminada su lactancia, Hertman, que así se llamaba el trampero, que también tenía un hijo

Prevenidos por el aviso de la joven, los habitantes de Franzville rechazaron á los indios causándoles grandes pérdidas.

Al mismo tiempo que esto sucedía, Rodolfo que así se llamaba el hijo del trampero Hertman, se encontraba sin licencia de su padre, en el establecimiento militar de Filipeville, cuando llegó á él, una dama acompañada de un caballero que dijo era su esposo, quienes se proponían visitar las praderas y buscaban un guía.

Rodolfo se prestó á serlo, y partió con los europeos hacia las praderas y temeroso de ser reconocido por los tramperos, si les encontraban, se puso un antifaz.

Un día, tropezaron con unos bandidos que con el traje y las costumbres de los tramperos, se dedicaban á robar y asesinar los viajeros que se aventuraban en aquellas vastas soledades.

Apuntando con sus rifles á los compañeros de Rodolfo, éste se puso rápidamente ante ellos intimándoles que se retirasen.

Pero lejos de hacerlo, se disponían á disparar, cuando felizmente aparecieron los verdaderos tramperos que iban siguiéndoles la pista y con ellos iba Ida.

Pronto dieron cuenta de los bandidos y la dama, repuesta de su espanto, al ver á la joven hizo un movimiento de sorpresa.

Hizo preguntas, y conforme iba escuchando lo que Hertman decía, su agitación iba en aumento.

La dama era Hortensia, la madre de Ida, que en la huida de los indios pudo escapar y perdida en las praderas, fué á parar á uno de los puntos militares de donde se trasladó á Europa.

Pasó muchos años siempre con la idea de buscar á su hija y contraídas nuevas nupcias, consiguió de su esposo que la acompañase.

Verificado el reconocimiento, la hija del desierto, regresó á Francia con su madre.

y en casi todos ellos, ocurriéronle incidentes de diverso género ó presencié espectáculos de esos que difícilmente se borran de la memoria, y que luego, cuando la nieve de los años enfrió su sangre y amortiguó su actividad, nos refería al amor de la lumbre, durante las largas veladas del invierno.

Muchos de sus relatos quedaron en mi memoria de una manera indeleble; pero ninguno me causó tanta impresión como el siguiente:

«—A fines del mes de octubre del año 184... volvía yo á pie, de Orleans al castillo de Bardy; y como quiera que ante mí iba un regimiento de la Legión extranjera, apresuré el paso para oír la música militar, que siempre me ha agradado extraordinariamente; pero la música permanecía silenciosa, y sólo, de vez en cuando, algunos redobles de tambor marcaban el uniforme paso de los soldados.

»Al cabo de media hora de marcha, ví entrar al regimiento en una pequeña llanura rodeada de un bosque de abetos, y pregunté á un capitán, conocido mío, si iban á hacer el ejercicio.

»—No,—me dijo,—se va á juzgar y á fusilar probablemente á un soldado de mi compañía, por haber robado al patrón en cuya casa se alojaba.

»—¡Cómo!—exclamé.—¿Van á juzgarle, á condenarle y á ejecutarle en este mismo momento?

»—Sí,—contestó;—así lo mandan las ordenanzas.

»Esta frase no tenía réplica para él, como si



El pañuelo azul

Exigencias del comercio á que mi padre estaba dedicado en Barcelona, desde su juventud, le obligaron á hacer numerosos viajes á Francia,

todo se hallase previsto en las ordenanzas aquellas, la falta y el castigo, la justicia y la humanidad misma.

»—Si queréis,—añadió el capitán,—podéis presenciar el suceso. Os aseguro que no será cosa larga.

»La curiosidad dominó en mí todo otro sentimiento. Además, imaginéme que en el rostro de un hombre que iba á morir aprendería lo que era la muerte... y me esperé.

»El regimiento había formado el cuadro; detrás de la segunda línea, y junto á la linde del

»Y le entregó un papel que, poco más ó menos, decía lo que vais á oír:

«Mi querido Piter:

»Aprovechando la ocasión de la marcha del recluta Arnoldo que se ha alistado en tu regi-



bosque, varios soldados cavaban una fosa, mandados por un subteniente, pues en el regimiento todo se hacía con orden; había cierta disciplina hasta para abrir la sepultura de un hombre.

»En el centro del cuadro habían tomado asiento sobre tambores ocho oficiales; á la derecha, y algo avanzado, otro oficial escribía algunas palabras sobre sus rodillas, pero con negligencia y simplemente para que no se matase á un hombre sin ciertas fórmulas.

»Llamóse al acusado, que era un joven de elevada estatura, simpático de rostro y de aspecto, y con él se adelantó una mujer, único testigo llamado á declarar sobre el asunto.

»Cuando el coronel quiso interrogarla, dijo el soldado:

»—E, inútil: voy á confesarlo todo: he robado un pañuelo á esta señora.

»—¡Vos Piter! ¡Siempre habéis tenido buena fama!

»—Es verdad, mi coronel. He cumplido siempre mis deberes y he tratado de tener contentos á mis jefes... No he robado para mí, sino por María.

»—Y ¿quién es esa María?

»—¡María! La que me espera en mi pueblo... cerca de Areneberg... donde hay aquel gran manzano... ¡Ya no la veré más!

»—No os comprendo, Piter: explicaos,—dijo el coronel, en tono afable, no exento de tristeza.

»—Pues bien, mi coronel: tomaos la molestia de enteraros del contenido de esta carta.

»miento, para remitirte esta carta y un bolsillo de seda que he hecho para ti, ocultándome de mi padre, que me riñe siempre por lo mucho que te quiero y dice que no volverás. ¿Verdad que se equivoca? Y luego, aun cuando no volvieras nunca, yo continuaría amándote, pues nos prometimos el día en que tú recogiste mi pañuelo azul para entregármelo, en el baile de Areneberg. ¿Cuándo te volveré á ver? Lo que me agrada mucho es que me han dicho que tus jefes te estiman y tus compañeros te quieren... Pero todavía tienes que servir dos años. Dios quiera que pasen pronto y entonces nos casaremos.

»Adiós, querido Piter: cuenta siempre con el acendrado cariño de tu

»María.

»*Postdata.* — Procura enviarme también algo de Francia, no por miedo de que te olvide, sino para llevarlo conmigo. Besarás lo que me envíes, y estoy segura de que encontraré en seguida el sitio donde hayas dado el beso.»

»Terminada la lectura de aquella carta, cuya sencilla ingenuidad me conmovió, Piter tomó de nuevo la palabra.

»—Arnoldo,—dijo,—me entregó esta carta por la tarde, cuando se me dió mi boleta de alojado. En toda la noche pude dormir, pensando en mi pueblo y en María... Pedíame ella alguna cosa

de Francia y yo carecía de dinero, pues tengo empeñado mi prest durante tres meses, para mi hermano y mi primo, que han vuelto al pueblo hace algunos días. Esta mañana, al levantarme para marchar, he abierto la ventana y he visto



un pañuelo, azul, colgado de una cuerda y muy parecido al de María: los dos son del mismo color y tienen las mismas rayas blancas... He incurrido en la debilidad de cogerlo y meterlo en mi morral... Al bajar á la calle estaba ya arrepentido y me disponía á volver á la casa para

devolverlo, cuando se han presentado, quejándose, esta señora y se me ha encontrado encima el pañuelo: esta es la verdad pura... Ya sé que las ordenanzas mandan que se me fusile... ¡Fusiladme, pues, pero no me despreciéis!

»Los jueces no podían ocultar su emoción. Sin embargo, cuando se trató de votar, Piter fué condenado á muerte por unanimidad. Oyó la sentencia con la mayor serenidad y luego, acercándose á su capitán, le suplicó que le entregase cuatro francos.

»El capitán se los dió, y le vi en seguida dirigirse á la mujer á quien habían devuelto el pañuelo azul, á la cual dijo las siguientes palabras:

»—Señora, aquí tenéis cuatro francos; no sé si vuestro pañuelo vale más; pero, aunque así sea, me parece que lo pago bastante caro para que me perdonéis el resto.

»La mujer le entregó la prenda, arrepentida tal vez de lo que había hecho, lo cual no fué obstáculo para que tomase los cuatro francos.

»Piter besó el pañuelo, y entregándoselo á su capitán, dijo:

»—Mi capitán, dentro de dos años volveréis á nuestras montañas; si vais al lado de Areneberg, preguntad por María y entregadle este pañuelo azul; ¡pero no la digáis lo que me ha costado!

»En seguida se arrodilló, rezó fervorosamente y marchó con paso firme al sitio de la ejecución.

»Curado yo de mis curiosidades, me alejé y penetré en el bosque para no presenciar el fin de aquella lastimosa tragedia. Unos cuantos disparos de fusil me revelaron en breve que estaba completamente terminada.

»Una hora después volví á pasar por aquellos sitios. El regimiento se había alejado; todo estaba tranquilo; pero, al ir por el lindero del bosque para llegar al camino, vi á pocos pasos ante mí algunas manchas de sangre y un espacio de tierra recientemente removida. Cogí una rama de abeto, formé con ella una cruz y la clavé sobre la tumba del pobre Piter, olvidado del todo el mundo, excepto por mí... y acaso por María.»



Un baturro va á Madrid y queriendo darse lustre, se alberga en una buena fonda.

Al cabo de un rato, el camarero de servicio oye tocar desesperadamente el timbre; acude á todo escape y encuentra al baturro forcejeando para arrancar el botón de aquél, con un cuchillo.

—Pero, hombre, ¿qué hace usted?

—¡Poca cosa y *na* malo!—replica el preguntado.—Se *ma* *perdio* el *betoncico* de la camisa y estaba *descuajando* éste que, aquí, en la *pared*, no sirve *pá* maldita la cosa.

—
Un individuo entra en una barbería y, mientras le dan jabón, dice:

—¡Sobre todo, cuide de no hacerme daño!... Este corte que tengo aquí, es del jueves; si hoy me hacen otro, no me mostraré tan indulgente como con el autor del primero.

—¿Y quién de estos torpes ha sido el que le ha dado á usted semejante tajo?—exclama el barbero, mirando á los oficiales.

—Ninguno,—responde el parroquiano.—¡Me afeité yo mismo!

—
Un avaro se resuelve á hacer testamento.

El notario según costumbre, después de las fórmulas de cajón, lee, en el borrador: «Dono y lego, en pleno dominio, á mi sobrino D...»

—¡Poco á poco!—exclama el Harpagón.—Esa fórmula no me gusta, pues la encuentro comprometida y se aparta de mis costumbres. ¡Yo no dono nada!

El escribano medita un momento y luego de enmendar la introducción, vuelve á leer:

«Presto, hasta el día del Juicio, á mi sobrino D... mediante el sesenta por ciento de interés anual, cobradero en dicho día...»

—¡Eso es!—exclama satisfecho el testador.—Puede usted continuar... ¡mientras, yo, voy calculando á cuánto subirán los intereses!



UN CAFÉ ÁRABE EN EL OASIS DE SYUAH

CHARADA

Es *primera* infinitivo
de un verbo que te conviene.

¡Infeliz, hombre ó mujer,
si aplicárselo no puede!

Segunda es preposición,
(la que, á dos casos, conviene),
y un color hallas, en *todo*,
y por cierto, muy alegre.

La solución en el próximo número.

Solución al logogrifo del número anterior.—

Banco, coba, colán, cola, boa, Laon, loan, bola,
Cano, loca, ano, alón, lona, no, la, lo, blanco.

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26

Correspondencia: Apartado de Correos, 88

AMOR VENDADO

POR

SALVADOR FARINA

Ilustrada con infinidad de grabados. Un tomo
en rústica, 2 pesetas

LA MANO NEGRA

— POR —

ERNESTO GONZALEZ

30 cuadernos, que forman 2 tomos, 15 pesetas
Encuadernada, 19 pesetas

CUENTOS ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrada con magníficos grabados directos
Un tomo en tela, 5 pesetas

CUENTOS Y NOVELAS

POR

FERNANFLOR

Un tomo con profusión de grabados. — En
rústica, 5 pesetas.

Biblioteca rosa

OBRAS PUBLICADAS

La comedianta, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Björnson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de león, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.
La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Koshah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

OBRAS PUBLICADAS

El tesoro del pirata, por Roberto Luis Stevenson, con
preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint Maur, por Victor Cherbuliez.
La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez.
Honor de artista, por Octavio Feuillet.
Los dos cadáveres, por Federico Soulié.
La cabeza de la bruja, por Guillermo Holiday.
La confesión de Claudio, por Emilio Zola.
Un crimen tenebroso, por Honorato de Balzac.